

4º DOMINGO DE PASCUA

Tema

El 4º Domingo de Pascua es considerado el “Domingo del Buen Pastor”, pues todos los años la liturgia propone en este Domingo un texto del capítulo 10 del Evangelio según San Juan, en el cual Jesús es presentado como el “Buen Pastor”. Este es, por tanto, el tema central que la Palabra de Dios propone para nuestra reflexión.

El **Evangelio** presenta a Cristo como “el Pastor”, cuya misión es liberar al rebaño de Dios del dominio de la esclavitud y llevarlo al encuentro de los pastos verdes donde hay vida en plenitud (al contrario de los falsos pastores, cuyo objetivo es solamente aprovecharse del rebaño en beneficio propio). Jesús va a cumplir con amor esa misión, en el respeto absoluto por la identidad, individualidad y libertad de las ovejas.

La **segunda lectura** nos presenta también a Cristo como “el Pastor” que guarda y conduce a sus ovejas. El catequista que escribe este texto insiste, sobre todo, en que los creyentes deben seguir a ese “Pastor”. En el contexto concreto en el que la lectura nos sitúa, seguir “al Pastor” es responder a la injusticia con amor, al mal con bien.

La **primera lectura** traza de forma bastante completa el camino que Cristo, “el Pastor”, reta a los hombres a recorrer. Es preciso convertirse (dejar los esquemas de la esclavitud), ser bautizado (adherirse a Jesús y seguirlo) y recibir el Espíritu Santo (acoger en el corazón la vida de Dios y dejarse recrear, vivificar y transformar por ella).

1. **Primera lectura: Lectura de los Hechos de los Apóstoles 2, 14a. 36-41**

El día de Pentecostés se presentó Pedro con los once, levantó la voz y dirigió la palabra: Todo Israel esté cierto de que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías. Estas palabras les traspasaron el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: Convertios y bautizaos todos en nombre de Jesucristo para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos y, además, para todos los que llame el Señor Dios nuestro, aunque estén lejos. Con éstas y otras muchas razones les urgía y los exhortaba diciendo: Escapad de esta generación perversa. Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día se les agregaron unos tres mil.

1.1 **Ambientación**

Continuamos en el mismo ambiente en el que nos situaba la primera lectura del pasado Domingo: en Jerusalén, en la mañana del día de Pentecostés. Pedro es el portavoz de una comunidad que, iluminada por el Espíritu, toma conciencia de la necesidad de testimoniar a Jesús, su vida, su muerte y su resurrección. Ante los habitantes de Jerusalén y ante los forasteros, venidos de las comunidades judías de la “Diáspora”, reunidos para la fiesta judía de “Savu’ot” (Pentecostés, la fiesta que celebraba la alianza del Sinaí y la entrega de la Ley), la comunidad cristiana presenta el *Kerigma* sobre Jesús y proclama su fe.

Este discurso es una construcción del autor de Hechos y no una transcripción textual de las palabras de Pedro, en ese día; sin embargo es razonable suponer que, en ese momento inicial del caminar de la Iglesia, el testimonio de los discípulos de Jesús no se aleja mucho de las ideas aquí presentadas.

1.2 **Mensaje**

El texto que hoy se nos propone nos presenta una catequesis acerca de la actitud correcta para acoger la propuesta de salvación que Dios hace a los hombres, por medio de los discípulos de Jesús.

Los hombres y mujeres que, en el día de Pentecostés, escuchan el discurso de Pedro, representan a la comunidad del antiguo Pueblo de Dios, destinataria primera de ese kerigma que la comunidad cristiana primitiva está llamada a proponer.

Pedro, en nombre de la comunidad cristiana, invita a la comunidad del antiguo Pueblo de Dios a aceptar lo que escuchó del “Señor” (el “Kirios”, nombre griego que traduce el “Adonai” hebreo, el nombre dado por los judíos a Yahvé), el “mesías” (esto es, el “ungido” de Dios, que vino a realizar las promesas de salvación y de liberación que Yahvé había hecho a su Pueblo) y a sacar de ahí las debidas consecuencias. Ante esa interpelación, los oyentes sentirán el corazón “traspasado” (del verbo “katanyssô”, “afligirse profundamente”). El verbo utilizado traduce el “pesar”, el “sentir puntadas en el corazón”, como remordimiento por haber hecho algo contrario a la justicia. Es la actitud que conduce al arrepentimiento, y el primer paso para el cambio de vida, la “metanoia”.

¿Qué va a salir de este “remordimiento”? Antes de nada, los interlocutores de Pedro se colocan en una actitud que manifiesta total disponibilidad, de cara a la interpelación que se les hace: “¿Qué tenemos que hacer, hermanos?”. Es la actitud de quien reconoce la verdad de las acusaciones que le son imputadas, de quien admite sus errores y limitaciones y de quien está verdaderamente dispuesto a replantearse la vida, a corregir los esquemas erróneos que han orientado, hasta ese momento, su existencia.

Pedro, en nombre de Jesús y de la comunidad cristiana, define el camino que la adhesión de Jesús propone a cada creyentes: convertirse, ser bautizado, recibir el Espíritu Santo.

La “conversión” significa un cambio radical de mente, de comportamientos, de valores, de forma que el corazón del creyente se vuelva de nuevo hacia Dios. En el contexto del Nuevo Testamento la “conversión” es la renuncia al egoísmo y a la autosuficiencia, y el aceptar la propuesta de salvación que Dios hace a través de Jesús. Implica el acoger a Jesús como el salvador y seguirlo en el camino del amor, de la entrega, de la donación de la vida.

La adhesión a Jesús se traduce en un gesto: el “recibir el bautismo”. “Pedir el bautismo” es reconocer que Jesús tiene una propuesta de salvación y de vida nueva, optar por esa vida nueva que Jesús propone e incorporarse a la comunidad de los que siguen a Jesús.

Recibir el bautismo significa recibir el Espíritu Santo: al optar por Cristo, el creyente acoge en su corazón la vida de Dios y su existencia pasa a estar animada por un dinamismo divino que, continuamente, le recrea, le vivifica, le transforma.

1.3 Actualización

La reflexión puede iniciarse en los siguientes puntos:

■ En cada línea de la lectura que hemos leído, está presente la lógica de un Dios que no se conforma con el hecho de que los hombres rechacen su oferta de salvación y que insiste en desafiarles, en llamar su atención, en cuestionarles, hasta que perciban dónde está la verdadera vida y la verdadera felicidad. Este Dios es verdaderamente el Pastor que nos conduce hacia fuentes de agua viva.

■ Ante la llamada que Dios hace, por medio de Pedro, los miembros de la comunidad judía preguntan: “¿Qué tenemos que hacer, hermanos?”. Es la actitud de quien toma, bruscamente, conciencia de los caminos equivocados que ha andado, percibe el sin sentido de ciertas opciones, comportamientos y valores, acepta poner en duda sus certezas y seguridades, para aceptar el desafío de Dios. Se trata de una actitud valiente: es más fácil continuar cómodamente instalado en la autosuficiencia, que “dar el brazo a torcer” y reconocer, con humildad, la necesidad de eliminar las ideas preconcebidas, rehacer los esquemas mentales, admitir los fallos, las limitaciones, las incoherencias. ¿Acepto cuestionarme, estoy dispuesto a admitir mis limitaciones, busco humildemente el camino verdadero, o soy de aquellos que nunca se equivocan y raramente tienen dudas?

■ “Convertíos”, pide Pedro a sus interlocutores. Convertirse es dejar los viejos esquemas del egoísmo, de la prepotencia, del orgullo, de la autosuficiencia, que tantas veces constituyen el escenario privilegiado en el que se desarrolla la vida, para ir detrás de Jesús y aprender con él a amar, a servir, a dar la vida. ¿Estoy disponible para encarar mi vida bajo el signo de la conversión? ¿Qué es lo que en mi vida más necesita ser transformado, en término de ideas, valores, comportamientos?

Salmo 22 *El Señor es mi pastor, nada me falta.*

El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas.

Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término.

2. Segunda lectura: Lectura de la primera carta del Apóstol San Pedro 2, 20b-25

Queridos hermanos: Si obrando el bien soportáis el sufrimiento, hacéis una cosa hermosa ante Dios, pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo padeció su pasión por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas. El no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca; cuando lo insultaban, no devolvía el insulto; en su pasión no profería amenazas; al contrario, se ponía en manos del que juzga justamente. Cargado con nuestros pecados subió al leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas os han curado. Andabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas.

2.1 Ambientación

Continuamos con la primera “Carta de Pedro”, escrita por un autor desconocido y dirigida, durante la década de los 80, a las comunidades cristianas de las zonas rurales del interior de Asia Menor. Se trata de comunidades constituidas mayoritariamente por personas provenientes del paganismo, de clase económicamente débil: muchos son campesinos que cultivan las tierras de los señores locales, pastores que cuidan rebaños ajenos o también esclavos. Este ambiente les vuelve altamente vulnerables por las hostilidades que los defensores del *orden romano* manifiestan contra los cristianos.

El autor de la carta conoce perfectamente la situación de debilidad en la que estas comunidades están y prevé que en un futuro próximo el ambiente se va a volver menos favorable todavía. Recuerda, pues, a los destinatarios de la carta, el ejemplo de Cristo, que sufrió y murió, antes de llegar a la resurrección. Es una invitación a la esperanza: a pesar de los sufrimientos que tienen que soportar, los creyentes están destinados a triunfar con Cristo; por eso deben vivir con alegría y coraje su compromiso bautismal.

El texto que se nos propone está formado por una perícopa en la que el autor presenta a los destinatarios de la carta un conjunto de consejos prácticos sobre la conducta que los cristianos deben asumir en diversas situaciones de la vida (cfr. 1 Pe 2,11-5,11). Pero especialmente, nuestro texto reflexiona sobre los deberes de los siervos (cfr. 1 Pe 2,18) hacia sus señores.

2.2 Mensaje

En el centro de la catequesis que aquí se nos propone por el autor de la primera carta de Pedro, está el ejemplo de Cristo: él sufrió (v. 21) sin haber hecho mal alguno (v. 22); maltratado por sus enemigos, no respondió con violencia y venganza (v. 23); por el don de su vida, eliminó el pecado que separaba a los hombres de Dios y a unos de otros (v. 24); por eso, él es el Pastor que conduce y guarda a los creyentes (v. 25).

El texto está lleno de referencias veterotestamentarias (del Antiguo Testamento). Para describir la actitud de Cristo, el autor utiliza la letra del cuarto cántico del “siervo de Yahvé” (cfr. Is 53,4-9.12), un texto que refleja la experiencia de ese “siervo sufriente” que “no cometió pecado alguno y en cuya boca no se encontró mentira” (v 22; cf. Is 53,9), que soportó pacientemente las injusticias y de cuya entrega surgió la vida para su Pueblo. Probablemente estamos delante de un antiquísimo himno cristiano utilizado en la liturgia primitiva, que comparaba el sufrimiento de Cristo con el sufrimiento del “Siervo de Yahvé” y el valor salvífico de la muerte de Cristo al valor salvífico de la muerte del “Siervo”.

Por otro lado, el autor utiliza el motivo del “pastor” de Ez 34. Ahí el profeta hablaba de Dios como “el buen pastor”, que había de venir a cuidar de sus ovejas débiles, enfermas y perdidas. Al unir el tema del “pastor” con el tema del sufrimiento de Cristo, el autor de esta catequesis sugiere que fue del sufrimiento de Cristo de donde brotó la vida y salvación para el rebaño de Dios.

Del ejemplo de Cristo, el autor de la carta saca las consecuencias para la vida de los cristianos: como Cristo, los creyentes son llamados a responder a las ofensas e injusticias con bondad y mansedumbre. Esto es una “gracia a los ojos de Dios” (v. 20b), quiere decir, es una actitud agradable a Dios y es una actitud que recibe gracia de Dios. El autor de la carta se dirige explícitamente a los siervos, aconsejándoles que soporten con paciencia las pruebas a las que están sometidos por sus señores. Por otro lado, pretendía, probablemente, ir más allá y extender su exhortación a todos los creyentes... El cristiano, seguidor de ese Jesús que sufrió sin tener culpa y que soportó los sufrimientos con amor, debe rechazar absolutamente el recurso a la violencia. En esa actitud de bondad y de mansedumbre es donde se manifiesta la gracia de Dios.

2.3 Actualización

En la reflexión, considerad las siguientes cuestiones:

■ ¿Cómo debemos enfrentarnos a la injusticia y a la violencia? ¿Habrá una violencia justa y aceptable? ¿Los fines justifican los medios? Es a estas cuestiones a las que responde nuestra lectura. El autor no está interesado en grandes argumentaciones filosóficas, sociológicas o teológicas: propone solamente el ejemplo de Cristo, que pasó por el mundo haciendo el bien y fue hecho preso, torturado, asesinado sin poner oposición, sin revolve, sin responder “con la misma moneda” a sus asesinos. Es una lógica incomprensible a los ojos del mundo... Pero es la lógica de Dios, y Jesús demostró que sólo este camino conduce a la resurrección, a la vida nueva, a un dinamismo que construye un mundo nuevo.

■ Esta lectura presenta a Cristo como “el Pastor” que guarda y conduce a sus ovejas. En este contexto, en concreto, seguir al pastor es responder a la injusticia con amor, al mal con bien. ¿Cristo es, de hecho, mi “Pastor”, mi referencia, el modelo de vida que tengo siempre delante de los ojos, tanto en esta como en otras cuestiones? ¿A quién escucho, a quién sigo, quién es mi modelo?

3. Evangelio: Lectura del santo Evangelio según San Juan 10, 1-10

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: Os aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante.

3.1 Ambientación

El capítulo 10 del Cuarto Evangelio está dedicado a la catequesis del “Buen Pastor”. El autor utiliza esta imagen para proponer una catequesis sobre la misión de Jesús: la obra del “mesías” consiste en conducir al hombre a parajes verdes y a fuentes cristalinas de donde brota la vida en plenitud.

La imagen del “Buen Pastor” no fue inventada por el autor del Cuarto Evangelio. Literariamente hablando este discurso tiene presente a Ezequiel 34 (donde se encuentra la clave para comprender la metáfora del “pastor” y del “rebaño”). Hablando a los exiliados de Babilonia, Ezequiel constata que los líderes de Israel fueron, a lo largo de la historia, malos “pastores”, que condujeron al Pueblo por caminos de muerte y de desgracia, pero, dice Ezequiel, el propio Dios va, ahora, a asumir la conducción de su Pueblo; se pondrá al frente de su Pueblo un “Buen Pastor” (el “mesías”), que lo librará de la esclavitud y lo conducirá a la vida.

La catequesis que el Cuarto Evangelio nos ofrece sobre el “Buen Pastor” sugiere que la promesa de Dios, mostrada por Ezequiel, se cumple en Jesús.

3.2 Mensaje

El texto, que se nos propone, debe ser entendido en el contexto más amplio de la denuncia de la actuación de los dirigentes espirituales judíos. En el episodio del ciego de nacimiento (Jn 9), quedó claro que los dirigentes no estaban interesados en acoger la luz y en dejar que el Pueblo escogiese la libertad que Jesús ofrecía. A manera de conclusión de ese episodio, Jesús avisa a los dirigentes de que ha venido a llamarlos a juicio a causa de su mala gestión como líderes del Pueblo de Dios (cf. Jn 9,39-41, los versículos que anteceden a nuestro texto): ellos no sólo preferirán continuar en las tinieblas de su autosuficiencia, sino que impiden que el Pueblo que les fue confiado descubra la luz liberadora que Jesús les quiere ofrecer.

El texto del Evangelio, que hoy se nos propone, está dividido en dos partes, o en dos parábolas.

En la *primera parábola* (cf. Jn 10,1-6), Jesús se presenta preferentemente como “el pastor”, cuya acción se contraponen a la de los dirigentes judíos que se arrogan el derecho de pastorear el “rebaño” del Pueblo de Dios, pero sin ser “pastores”.

Jesús no usa medias palabras: los dirigentes judíos son ladrones y bandidos (cf. Jn 10,1), que se sirven de sus prerrogativas para explotar al Pueblo (ladrones) y usan la violencia para mantenerlo bajo su dominio (bandidos). Se acercan al Pueblo de Dios de forma abusiva e ilegítima, porque Dios no les ha confiado esa misión (“no entran por la puerta”): ellos la han usurpado. Su objetivo no es el bien de las “ovejas”, sino su propio interés.

Al contrario, Jesús es “el pastor” que entra por la puerta: él tiene un mandato de Dios y su misión le fue confiada por el Padre. En Ezequiel, el papel del “pastor” correspondía, en primer lugar, a Dios (cf. Ez 34,11-12.15) y al futuro enviado de Dios, al “mesías” descendiente de David (cf. Ez 34,23). Al presentarse como aquel “que entra por la puerta”, con autoridad legítima, Jesús se declara, implícitamente, el “mesías” enviado por Dios para conducir a su Pueblo y para guiarlo hacia los pastos donde hay vida en plenitud. Él entra en el redil de las “ovejas” para cuidarlas, no para explotarlas. Su misión es liberarlas de las tinieblas en la que los dirigentes las tienen y conducir las al encuentro de la luz liberadora (Jn 10,2).

¿Cómo ejercerá Jesús su misión de “pastor”? En primer lugar, llamará a las “ovejas”. “Las llama por su nombre”, porque conoce a cada una y con cada una quiere tener una relación personal de amor, de proximidad, de comunión: para Jesús, no existen las “masas”, sino que hay personas concretas, con su identidad propia, con su riqueza, con su dignidad.

No obligará a nadie a responderle; pero, los que respondan a su llamada formarán parte de su “rebaño”. A esos, Jesús les sacará “a fuera” (v. 3): Jesús no ha venido a instalarse en la antigua institución judía, generadora de opresión y de esclavitud; sino que ha venido a crear una comunidad humana nueva, la comunidad del nuevo Pueblo de Dios.

Después, el “pastor” caminará “delante de las ovejas” y estas lo seguirán (v. 4). Él les indica el camino, pues él mismo es “el camino” (Jn 14,6) que lleva a la vida plena. Las “ovejas” le seguirán: “seguir” traduce la actitud del discípulo, invitado a seguir a Jesús por el camino del amor y de la donación de la vida, a hacer de él la referencia fundamental de su vida, a adherirse a él de todo corazón. Las “ovejas” escuchan su voz”, porque saben que sólo la voz de Jesús las conduce, con seguridad, al encuentro de la vida definitiva.

En la *segunda parábola* (Jn 10,7-9), Jesús se presenta como “la puerta”. Aquí, ya no es el pastor legítimo que pasa por la puerta, sino “la puerta”. ¿Qué es lo que quiere decirnos con esta imagen?

La imagen puede aplicarse a los líderes que pretenden tener acceso al “rebaño”, o puede aplicarse a las propias “ovejas”. En lo que se refiere a los líderes, significa que nadie puede ir al encuentro de las “ovejas” si no tiene un mandato de Jesús, si no ha sido invitado por Jesús; y significa también, que nadie puede ir al encuentro de las “ovejas” si no tiene los mismos sentimientos, la misma actitud de Jesús (que no ha venido para explotar a las “ovejas” sino para darles vida).

En lo que se refiere a las “ovejas”, significa que Jesús es el único lugar de acceso para que las “ovejas” puedan encontrar los pastos que dan vida. “Pasar por la puerta” que es Jesús significa unirse a él, seguirle, acoger sus propuestas. Las “ovejas” que pasan por la puerta que es Jesús (esto es, que se unen a él) pueden pasar a la tierra de la libertad (donde no mandan los dirigentes que explotan y roban), donde encontrarán “pastos” (vida en plenitud).

Nuestro texto termina con la reafirmación de contraste entre Jesús y los dirigentes: los líderes religiosos judíos utilizan al “rebaño” para satisfacer sus propios intereses egoístas, despojan y explotan al pueblo; pero Jesús sólo procura que su “rebaño” encuentre vida en plenitud.

3.3 Actualización

Considerad, en la actualización de la Palabra, los siguientes elementos:

■ En nuestra cultura urbana, la figura del “Pastor” es una figura de otras épocas, que evoca poco, a no ser un mundo perdido de quietud y de amplios espacios verdes; en contrapartida, conocemos bien la figura del presidente, del líder, de jefe: que en muchas ocasiones es alguien que se impone por la fuerza, que manipula a las masas, que esclaviza a los que están bajo su autoridad, que se aprovecha de los débiles, que humilla a los más pequeños... Al proponernos la figura bíblica del “Buen Pastor”, el Evangelio nos invita a reflexionar sobre el servicio de la autoridad... Propone como modelo de presidencia (el del “Pastor”) una figura que ofrece la vida, que sirve, que respeta la libertad de las personas, que se entrega totalmente, que ama gratuitamente.

■ Para los cristianos, “el Pastor” por excelencia es Cristo: él recibió del Padre la misión de conducir al “rebaño” de Dios de las tinieblas a la luz, de la esclavitud hacia la libertad, de la muerte a la vida. ¿Nuestro “Pastor” es, de hecho, Cristo, o tenemos otros “pastores” que nos conducen y que son las referencias fundamentales alrededor de las cuales construimos nuestra existencia? ¿Es Cristo el que nos conduce y el que condiciona nuestras opciones? ¿O es la voz de la política y de lo socialmente correcto? ¿O la opinión pública? ¿O el presidente del partido? ¿O la comodidad y la instalación? ¿O el preservar nuestros esquemas egoístas y nuestros privilegios? ¿O el éxito y el triunfo a cualquier precio? ¿O el programa de mayor audiencia?

■ Estemos atentos a la forma como Cristo desempeña su misión de “Pastor”: él conoce a sus “ovejas” y las llama por su nombre, manteniendo con cada una de ellas una relación única, especial, personal. Les dirige una invitación a dejar la oscuridad, pero no obliga a ninguna a seguirle: respeta absolutamente la libertad de cada persona. ¿Es de esa forma humana, tolerante y amorosa como nos relacionamos con los otros? ¿Aquellos que han recibido de Dios la misión de presidir un grupo, de animar una comunidad, ejercen su misión con respeto absoluto por la persona, por su dignidad, por su individualidad?

■ Las “ovejas” del rebaño de Jesús “escuchan la voz” del “Pastor” y le siguen... Eso significa, concretamente, hacerse discípulo, unirse a Jesús, recorrer el mismo camino que él recorrió, en la entrega total a los proyectos de Dios y en la donación completa a los hermanos. ¿Nos atrevemos a seguir a nuestro “Pastor” (Cristo) por el camino exigente de la donación de la vida, o estamos convencidos de que ese camino nos lleva a donde nosotros pretendemos ir?

■ En nuestras comunidades cristianas, tenemos personas que presiden y que animan. Podemos aceptar, sin problemas, que ellas recibieron esa misión de Cristo y de la Iglesia, a pesar de sus límites e imperfecciones; pero conviene igualmente tener presente que nuestro único “Pastor”, aquél que nos ha invitado a escuchar y a seguir sus condiciones, es Cristo. Los otros “pastores” tienen una misión válida, que recibieron de Cristo; y su actuación nunca puede ser diferente de la manera de actuar de Cristo.

■ Para que distingamos la “voz” de Jesús de otras llamadas, de propuestas engañosas, de “cantos de sirena” que no conducen a la vida plena, es preciso un permanente diálogo íntimo con “el Pastor”, un contraste permanente con su Palabra y la participación activa en los sacramentos donde se nos comunica esa vida que “el Pastor” nos ofrece.

ALGUNAS SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA EL 4º DOMINGO DE LA PASCUA

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior al 4º Domingo de Pascua, intentad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. Día de las Vocaciones.

Domingo del Buen Pastor, Día Mundial de la Oración por las Vocaciones. La introducción a la celebración debe tener en cuenta esa intención. Para comprometer a la comunidad en este dinamismo vocacional, es bueno recoger algún material preparado por animadores de centros vocacionales, que ayuden a la oración, a la reflexión y al compromiso. El mismo Salmo 22 debe ser cuidado de un modo especial. No solamente canta al buen pastor sino que es el salmo de la iniciación cristiana (alusión al agua, a la unción, a la Eucaristía). El canto de entrada podría tener una letra relacionada con el salmo.

3. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios (lectio divina), se puede prolongar la acogida de las lecturas con la oración.

Al final de la primera lectura: Bendito seas, Jesús, manifestado como Cristo y Señor por tu resurrección. Por ti damos gracias a Dios nuestro Padre, por el bautismo en tu Iglesia, por el perdón de los pecados y por el don del Espíritu Santo. Te pedimos por todos nuestros hermanos que te buscan: transforma sus corazones con tu Palabra, para que puedan llegar al bautismo.

Al final de la segunda lectura: Dios y Padre nuestro. Te damos gracias por tu Hijo Jesús, porque soportó nuestros pecados en el madero de la cruz, para que nosotros pudiéramos morir a todo lo que es malo y vivir en la justicia. Vivíamos como ovejas perdidas, pero por medio de Jesús pudimos regresar junto al pastor que vela por nosotros. Cúranos de las heridas del mal.

Al final del Evangelio: Te damos gracias, Jesús, Pastor de tu pueblo, que caminas al frente de tu iglesia. Te bendecimos, a ti que eres la Puerta de las ovejas, a ti que viniste para que tuviéramos vida en abundancia. Te pedimos por todos tus fieles. Tú que llamas a cada uno por su nombre, haznos estar atentos a tu voz, que nos la haces oír en tu Iglesia por la lectura de los Evangelios.

4. Plegaria Eucarística.

Podría optarse por la Plegaria Eucarística III para la Misa con Niños, en armonía con el Evangelio que contiene pasajes propios del tiempo pascual.

5. Palabra para el camino.

Yo soy el buen pastor.

En esta semana, tenemos tiempo para caminar al ritmo del Pastor que nos conoce y que nos llama a cada uno por nuestro nombre. Y nosotros escucharemos su voz, saboreando el magnífico salmo 22: *“El Señor es mi pastor, nada me falta”*

Durante la semana procuremos también rezar por la fidelidad a la vocación a la que el Señor nos llama a cada uno y por todas las demás vocaciones.

Sacerdotes del Corazón de Jesús (Padres Reparadores)

www.scj.es